



# CONCURSO DE CUENTO

*Revista Universidad de Antioquia* 85  
años

Separata 341



revista  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA







# CONCURSO DE CUENTO

*Revista Universidad de Antioquia* 85  
años



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA





# CONCURSO DE CUENTO

*Revista Universidad de Antioquia* 85  
años

r e v i s t a  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

Ganadores y finalistas Concurso de Cuento

*Revista Universidad de Antioquia* 85 años

© Ana María Hernández Hernández

© Dora Marleny Vásquez Montoya

© José Sebastián Castro T.

© Sergio Andrés Amaya Ruiz

© Weimar Toro R.

© María Jimena Padilla Berrío

© Nelfer Velilla González

© Cindy Johana Consuegra Acero

© Carlos Enrique Arias Villegas

© Diana Marcela Toro Pardo

© Yubely Vahos

© Juan Esteban Sierra Quiceno

© *Revista Universidad de Antioquia*<sup>®</sup>

ISSN:0120-2367

Primera edición digital, accesible: diciembre 2020

Fotografía de cubierta: *Primeros pasos* Juan Pablo Hernández Sánchez

*Revista Universidad de Antioquia*

(574) 219 50 14 - 219 50 10

revistaudea@udea.edu.co

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Podcast, José Braulio Uribe, Emisora Cultural Universidad de Antioquia

[www.udea.edu.co/revistaudea](http://www.udea.edu.co/revistaudea)

Extensión Cultural

Universidad de Antioquia

*Fundador*

Alfonso Mora Naranjo

*Rector*

John Jairo Arboleda Céspedes

*Vicerrector de Extensión*

David Hernández García

*Jefe Departamento de Extensión Cultural*

Oscar Roldán-Alzate

*Director Programa de Egresados*

Mauricio Gutiérrez A.

*Director editor*

Selnich Vivas Hurtado

*Asistente de dirección*

Sedney S. Suárez Gordon

*Diseño y diagramación*

Juliana Mesa Mejía

*Corrección de estilo*

Maribel Berrío Moncada

*Auxiliar administrativo*

Luis Carlos Bañol Muñoz

*Comité editorial*

Hilda Mar Rodríguez,

Gloria Inés Sánchez,

Alfredo de los Ríos,

Carlos Arturo Fernández,

Juan Carlos Orrego,

Oscar Roldán-Alzate,

Pablo Cuartas Restrepo,

Jorge Mario Múnera

*Comité de preselección*

Maribel Berrío Moncada

María Orfaley Ortíz Medina

Antonio Silvera Arenas

Emisora Cultural Universidad de Antioquia  
Dirección de Egresados Universidad de Antioquia

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 No. 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 14 - 219 50 10

revistaudea@udea.edu.co

*Página web*

[www.udea.edu.co/revistaudea](http://www.udea.edu.co/revistaudea)

Los conceptos y las opiniones expresados en los cuentos son responsabilidad exclusiva de los autores y no afectan ni comprometen a la *Revista Universidad de Antioquia*.



- 11 SANAR LA PALABRA**  
Selnich Vivas Hurtado
- 13 JULIÁN**  
Ana María Hernández Hernández
- 21 CAÍDA**  
Dora Marleny Vásquez Montoya
- 27 ENTELEQUIAS Y PLATANALES**  
Sebastián Castro T.
- 33 MITO AIMARA Y ARÚ**  
Sergio Andrés Amaya Ruiz
- 39 VERDADEROS NEGATIVOS**  
Weimar Toro R.
- 45 CONFESIÓN DE UN CRIMEN**  
María Jimena Padilla Berrío
- 53 EL OTRO CITIZEN**  
Nelfer Velilla González
- 59 ALAS EN LA VEREDA**  
Cindy Johana Consuegra Acero
- 67 AL VIENTO**  
Carlos Enrique Arias Villegas
- 73 EL ENEMIGO**  
Diana Marcela Toro Pardo
- 79 VERSIÓN DE MENUCHIM**  
Yubely Vahos
- 85 EL INCIDENTE**  
Juan Esteban Sierra Quiceno
- 93 ACTA COMITÉ EDITORIAL**



# SANAR LA PALABRA

Selnich Vivas Hurtado

Dicen que la violencia y la muerte siguen habitando los hogares y las ensoñaciones de los creadores. Los eventos impactantes siguen taladrando la palabra. Hay existencias que definitivamente han debido padecer, angustiarse, caer, huir, matar y desear más que otras. También sanar. Hay algo sanador en esta invención de criaturas, en esta superación de distancias y encierros. De repente, nos entrometemos en la vida privada de cuerpos inexistentes y nos dejamos contagiar de sus olores, formas e impulsos. Son voces celebrantes que activan la memoria pasada y futura, que abren la dimensión de lo posible. Brota un erotismo libertario de sus ojos. Nos aparecemos en la fosa de Julián y resistimos a su lado. Agarramos la mano de la mujer que cae del puente y evitamos el final inesperado. Detenemos el golpe que asestará el brutal asesino sobre la cabeza del gato Blanco. En las historias ajenas nos reconocemos en lo que hemos sido y podremos ser. Allí su esperanza. Nos confronta la idea de tomar tal o cual decisión. Frente al desconocido, no sabemos si guardar silencio o gritar desesperadas, si contarle todo o guardar reserva. Si humillarlo o perdonarlo. En las historias ajenas está lo que deberíamos evitar para no ser el macho ansioso del cuerpo femenino o el amigo indiferente ante los misterios del hombre de la calle. Sus alas, sus traumas y sus tumbas nos conmueven por igual y nos confirman el carácter sanador del narrar. Si contáramos lo que nos han contado y lo que hemos vivido se nos haría más liviana la palabra amarga y la experiencia dolorosa. Se abriría una ventana y entraría la brisa del atardecer. Un signo de superación es la alegría de soltar lo que amordaza: un amor tóxico, una injusticia legitimada. Narrar el dolor, propio o ajeno, real o imaginado, nos sobrepone a cualquier forma de opresión. Aún la más familiar y amorosa debe ser abolida. El desdén en contra de los cuerpos distintos no puede alimentar la palabra del amanecer. Por algún lado deben volver los relatos antiguos y las historias inconclusas a darnos una mano para cambiar la ficción y la realidad, para darle un giro al horror del hogar patriarcal, de los estigmas y de las guerras enmascaradas. Los cuentos aquí compilados reclaman una versión no oficial de la vida privada. Son excusas para el reencuentro y el descubrimiento de regalos entrañables. A los imaginados y las imaginadoras nuestra gratitud por su irrupción.



# JULIÁN

Ana María Hernández Hernández

Docente. Graduada del programa de Filosofía y candidata al título de Magíster en Gestión cultural de la Universidad de Antioquia. Productora y asistente de proyectos relacionados con la memoria histórica, el arte participativo y los derechos humanos.



— ¡Julián!

...

— ¡Julián!

...

— ¡Despierta, Julián! Andá que se dañó el ariete.

Sentí tu voz molesta como un dulce saludo de mañanita.

— ¡Ay, Ma!

No sabes cómo me alegra saberte lejos, para que no tengas que verme ahora, para que no sepas de mí.

...

Si es que acaso sigo siendo.

Si es que acaso a este dolor ahogado le corresponde un cuerpo.

A este sabor a hierro.

— Ma, mamita, siento mucho no haber arreglado el ariete. Quiero verte, solo tengo que ser paciente.

Espero que no tengas sed, que donde estés el ariete roto no te niegue el agua. Tú sin agua, Ma, y rodeada de ríos. Sin agua en una montaña que se escurre y yo aquí.

Derramándome en la tierra, con el cuero blando y las comisuras podridas.

Cuánto me alegra que estés bien para que no te toque recoger lo que de mí resta, envuelto con las máscaras de los asesinos.

...

— Lo siento, Ma.

Yo solo quería acabarlos a todos, o a cualquiera. Así como ellos nos mataron al Enrique: como a un cualquiera. Pero siempre fui un bueno para nada, ni para morirme sirvo porque ya van varios días con este hueco en la pierna y nada.

Sigo despertando mientras me llamas en la mañana. Te escucho y me duele saber que ni muerta te llega el agua.

(Escucho la hierba alimentándose de mi carne.)

—¿Ma, por qué no puedo moverme?

¿Acaso los desaparecidos no podemos huir hasta que nos encuentren?  
¿Y si no hay nadie que nos busque?

...

(Huele a hierba recién nacida, detrás de mis ojos, o en el vacío de mis fosas. Escucho flores partiéndome las muelas.)

Es otra mañana.

...

Extraño tus manos gruesas llenas de masa. La mesa de tablas mal pintadas y el olor a ceniza de tu pelo.

—¡Todos a desayunar!

Recuerdo a las vecinitas corriendo falda arriba, falda abajo, más bien saltando. Y el viento subiéndoles los vestidos y reblujándoles el pelo.

—Oiga, cuando termine de comer, y antes de irse a jugar, me hace el favor y va y me arregla lo del ariete que desde anoche estamos sin agua.

No sé si aún tenga boca donde poner tus masas suaves, menos si aún me quedan manos con las que ayudarte.

—¡Enrique, ayudáala vos!

E n r i q u e

¿O fue que ya te descompusiste del todo?

Vos que eras dizque el más terco y a la vida la dejaste ir tan fácil.

¡Ay, Enrique!

Ni tu voluntad pudo contra la bala que te atravesó. Ni tu terquedad de mula, ni lo mucho que te amábamos a vos, mamá, papá y yo.

¡Enrique, guevón! ¿Por qué te dejaste matar?

¿Por qué no seguiste respirando?

¿Por qué no corriste más rápido? ¿Por qué todos te dejaron solo? Mamá, papá, yo. Hasta las vecinitas.

...

Perdóname, mamá, pero yo no sabía qué más hacer. Tú decidiste ir callando desde que Enrique se fue. La casa era muy grande y papá ya no quería saber más de ella, ni de mí, porque ambos éramos para él reflejos turbios de la tranquilidad que nos arrebataron.

Mamá, yo solo tenía una casa abandonada al olvido de la selva y rabia que se diluía en sus paredes, rabia que me llenaba el estómago, pero no me dejaba comer. Rabia como una respiración caliente.

...

Un día volvieron los jornaleros del miedo. Supe que eran ellos porque la noche gritó sorda como si la violaran con sus pasos mojados.

Llegaron empuñando su herramienta pesada, la favorita de los habitantes de esta patria paria, y exigieron agua.

—Se nos dañó el ariete, no baja agua por los tubos.

No había agua, no más que aquella que escurría de la montaña inmensa, esa misma que ellos arrastraban en las suelas.

...

El que tenía la barriga hinchada de cuerpo muerto de tres días caminó directo a mí y cuando me tuvo al frente se quitó el sombrero.

Pude ver sus ojos inconfundibles de reptil. Ojos firmes debajo de dos cejas rectas. Sin el menor atisbo de inclinación, duda o compasión. Lo comprendí todo: solo un sangre fría pudo haberle hecho eso al Enrique y a nosotros, porque alguien que no echa calor necesita robárselo a los otros.

—¿Está solo?

Ahí seguí yo, fijo en sus ojos rectos mientras escuchaba el corazón retumbándome dentro de la cabeza.

...

(Siento que tuvimos una conversación de silencios.)

Le dije que quería matarlo.  
Él entendió mi deseo de matar y sonrió.

—¡Tráiganlo que de pronto nos sirve!

¡Y yo con el cuerpo paralizado sí que fui fácil de cargar! ¡Sí que fui bueno para servir!  
Como las tablas de la cama de papá, las ollas de tu cocina y la enorme mesa mal pintada donde siempre me regañabas en la madrugada. ■





# CAÍDA

Dora Marleny Vásquez Montoya

Nació en Medellín. Es hija adoptiva de Bello y vive en Nueva Jersey hace 15 años. Socióloga de la Universidad de Antioquia, Tecnóloga en Recreación del Instituto Politécnico Colombiano JIC de Medellín y Licenciada en Masaje terapéutico del Instituto Cortiva, Hoboken, Nueva Jersey. Publicó el libro de relatos *El Monasterio*, URPI Editores, Nueva York, 2012. Ha escrito para revistas y periódicos en Colombia, España y Estados Unidos. Otras obras aparecen en sus redes sociales. Coordina en Kearny, NJ, la tertulia Literatura para Vivir. Ha acompañado autores en sus procesos de elaboración literaria en Estados Unidos.



**M**i cuerpo se inclinó hacia atrás. En ese instante y ya en el aire, era inminente mi caída. Vi un cable arriba de mí. Como pude lo alcancé con la mano derecha. Me balanceé el cuerpo, lo puse vertical, pero era un alambre de espino. Al mismo tiempo sentí cómo las púas me desgarraban la palma de la mano y un dolor agudo se introdujo hasta el alma. Ni un grito, ni un lamento. No hubo tiempo para nada. Sólo sentí cómo se me abría la mano por el dolor inaguantable del agujijón en la piel y la imaginación voló. Pensé. Me voy a matar. Me preparé para caer a un vacío negro y a golpearme. Y sí, así fue.

Viajábamos en un bus con un grupo de excursionistas, íbamos a visitar el mar. Estábamos de vacaciones y en las montañas, de madrugada, era común experimentar retrasos.

Esa noche, temprano, había caído un aguacero enorme, las laderas se iban desgranando y el pantanero hacía que autos grandes y pequeños se resbalaran y rodaran por las faldas de la cordillera central de Los Andes.

Nuestro bus hacía cola mucho antes del derrumbe. La fila estaba larga y como pasó en viajes anteriores pensé dejar la incomodidad del asiento para estirar las piernas, tomarme un café si acaso encontraba en algún ranchito al borde de la carretera y conversar con alguien allá afuera para pasar el tiempo. Mis gemelitos de 8 años dormían placenteramente; les di un beso, los arropé bien con las ruanas calientes que llevábamos y miré a mi hermana que

estaba cómodamente sentada detrás de la banca que ocupábamos los niños y yo.

Salí.

Afuera las farolas de algunos autos iluminaban la carretera. De uno de ellos salía música.

Sonaba una canción de Juan Gabriel. Tararéé: “cómo quisiera que tu vivieras, que tus ojitos jamás se hubieran cerrado nunca y estar...”. Avancé unos 50 pasos hacia la parte trasera del bus, observé la línea de carros. Había neblina y perdí la esperanza de encontrar café. Ninguna casa a la vista, nadie con quien conversar, la gente no se agrupaba, solo encontré dos o tres parejas algo ocupadas, así que no tuve confianza para acercármeles.

De los dúos que vi, recuerdo a un adulto moreno y fuerte abrazando a una muchacha flacuchenta, la giró de un lado a otro, ella parecía convulsionar en su éxtasis. El hombre miró a su alrededor como buscando un público que aplaudiera su maroma. Solo encontró silencio, luego se le acercó mucho a la mujer y le acarició con la mirada el rostro.

Me distraje con ellos, los vi hermosos. Caminé hacia atrás. Me acerqué al borde de la carretera. Di otro paso hacia atrás. Me paré en la berma, sentí que estaba al borde del puente y esperé las barandas. Di otro paso atrás y me caí.

Primero noté cómo el puente estaba hecho con ladrillos, luego oscuridad y después, mis pies en el suelo, la rodilla izquierda hizo un ruido como cuando se parte una estaca, la cadera aterrizó sin rebotar y de inmediato la cabeza se golpeó en el occipital. Recuerdo un olor a hierro y un destello verde. Después

abrí los ojos. Arriba el firmamento y asomados en el puente sin barandas una, dos personas, luego, un montón de hombres y mujeres gritando si estaba bien. Poco después divisé a mi hermana llorando, llamándome desaforadamente por mi nombre. Apareció una linterna, luego otra y otra. Iluminaron mi cuerpo que estaba tirado en la cañada. Poco a poco comencé a mojarme lenta, muy lentamente. No tuve miedo. No tuve nada. Ni dolor, ni tristeza, ni angustia.

No tuve nada.

El ambiente era denso y un tanto neblinoso, en él estaban la rodilla fracturada, la mano derecha destrozada por el alambre de espino, la angustia de mi hermana, el sueño de mis gemelitos, la sorpresa de quienes viajaban conmigo en el mismo bus de turismo, los hombres que en segundos se organizaron para rescatarme, la cadena que formaron hasta alcanzarme, las linternas que salieron de las guanteras de los carros, de los bolsos de las mujeres, de los llaveros de los chicos, luces todas que iluminaron mi cuerpo pálido e inconsciente. Regurgité y comencé a ahogarme. El hombre adulto, moreno y fuerte llegó hasta mí, me giró para que pudiera expulsar el vómito, mi cuerpo convulsionó, él, aterrorizado, miró con ojos impotentes a la concurrencia apostada en el puente que sincronizadamente hizo un silencio idéntico al de los teatros cuando se inicia una obra, porque con las luces que me iluminaban, todos pudieron ver cómo se me había aplastado la cabeza con el impacto. Comencé a morir. ■



# ENTELEQUIAS Y PLATANALES

Sebastián Castro T.

Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquia. Al revisar la versión final de este cuento para su publicación, veo caer un aguacero sobre una Medellín que se ve bermeja entre la neblina. Diviso desde esta pradera de cemento y escucho la última pista del álbum *Llegó Melón* de Johnny Pacheco y Luis “Melón” Silva, año 1977. Letra, Eddie del Barrio. Magníficas trompetas, coros de ensueño. Lo envío y me voy a dormir la siesta de los cínicos, mientras escampa, pues “llueve como en toda la mala literatura colombiana”.



**Y**o estaba orinando en la platanera, espantando chulos y viendo el Nevado, cuando los sentí llegar. Vi al niño correr hacia mí y a su mamá dándole vueltas a la casa. No más saludarme me preguntó: ¿dónde está el Blanquito? Y yo qué voy a saber, le respondí, mientras me dejaba abrazar del niño. No lo veo hace días, por ahí una semana. Seguro se enmontó, como la Negrita. La mujer se anduvo toda la finca buscándolo sin tan siquiera cambiarse el vestido con que venía de la ciudad. Yo me quedé en el platanal y fingí que seguía orinando. Ahí me quedé parado y hasta risa me dio verla revolotear por los cafetales y escucharla sesear. ¡Qué la iba a oír el animal!, enterrado como estaba bajo mi pie.

Al rato, vino toda triste a buscarme el lado. Quiubo, ¿lo encontró? Me respondió que no, jadeando y juagadita en un sudor que se le escurría por el escote, despeñadero abajo. Le voy a poner comida a ver si vuelve. ¿Y pa' qué te hace falta ese? Mirá que tenés otros siete gatos y un hijo. Pues me hace falta, los animales no son botones para que se me estén perdiendo. Me respondió en un tono que no me gustó ni cinco y ahí se me quitaron las ganas de consolarla. Nos quedamos callados, atisbando un aguacero que caía en el valle.

Blanquito era un animal bello, grande y ojiazul. Ese fue el primero que vivió dentro de la casa, por la insistencia de mi mujer. ¿Y a qué nos llevó eso? Ella decía que no, pero casi mata de asma al pelao. Y por eso se tuvieron que ir un mes para la ciudad a que lo trataran y yo me quedé solo con los ocho gatos. Y pues al menos del asma volvió bueno el muchacho, pero ni el hecho de que fuera un peligro hizo que dejara de querer a ese bendito animal. Y yo también lo quería, aunque no parezca. Se me sobaba contra las piernas cuando llegaba berraco de jornalear y mantenía feliz a la mujer. Pero ¿por qué tenía que vivir dentro de la casa?

El problema con los gatos es que no entienden la autoridad. Yo admiro la valentía, a veces la rebeldía, pero hay que saber obedecer. Por aquí el que no acepta la autoridad, aunque cambie una vez al año o al mes, pues no dura. Uno no pregunta por qué, ni qué pasó. El que llegue diciendo que manda y esté respaldado, pues manda. ¿Qué va a hacer uno? Por eso yo creo que el animal más inteligente es el perro. Un buen perro hace caso, así un día se le dé una orden y al otro día se le dé la contraria. El gato, en cambio... parece muy inteligente pero tiene su pendejada. Se apega a sus instintos caprichosos y

por eso no domina su naturaleza. No es tan adaptable. Cuando nos quedamos solos, me pregunté si era por esa terquedad que la mujer los admiraba. ¿Pero entonces cuál era la vaina con que yo era terco como una mula? La mujer decía que esos animales la amaban, pero ella no veía que eso era mentira y que en eso sí que son inteligentes. Lo que aman es la comida, el lecho y el techo. Muestran el cariño que me mostraba mi patrón; no hay sentimentalismo, es pura y llana utilidad. Eso me lo explicó mi primo Hernán cuando le fui a contar. Si el gatico ese hubiera tenido pulgares, habría sido dueño mío y de media población, como el patrón.

De cualquier manera, ¿era muy difícil que entendiera que si no estaba la mujer no podía entrar a la casa? Varias veces lo saqué con cuidado, delicadamente. Hasta le hice una casita de cartón junto a la puerta principal. Pero no, él se tenía que meter por el techo o por las ventanas y correr a echarse en mi cama si entreabría la puerta. Yo lo cogía del cogote, me miraba en esos ojazos azules y me sentaba a hablarle. Le explicaba que se quedara afuera y parecía comprender, hasta me daba la impresión de que asentía cuando le preguntaba: ¿entendés? Le daba un golpecito en la cabeza, nos reconciliábamos y él se iba a matar pájaros, que luego dejaba a medio comer.

Pero qué iba a entender. Una noche, luego de una faena que me tuvo por fuera dos días, volví y lo encontré dentro de la casa. Se había metido por una ventana y no contento con regar la basura y la comida, se tenía que cagar y orinar en mi almohada. Cuando me vio entrar a la pieza intentó huir, pero lo alcancé a agarrar de la cola antes de que me ganara la puerta. El malnacido me mordió y sin pensar, sin medir mi fuerza, le di media vuelta en el aire y lo estrellé de cabeza contra el piso. Cuando lo vi tambaleándose luego del golpe, no supe bien cómo sentirme. Como no había sangre ni chillaba, no pensé que se me hubiera ido tanto la mano. Lo agarré y lo sobé, pero ya tenía la mirada perdida.

La verdad es que se me revolvió el estómago. ¿Pero ya qué iba a hacer?, ¿llorar? Lo agarré de la cola y fui a tirarlo en un hueco que había hecho entre las plataneras para sembrar un guayacán. Lo dejé ahí y quise seguir mi noche como si nada, pero no podía dejar de mirar hacia el platanal ni de rabiarse mientras lavaba mis sábanas. Aun así, dormí bien y solo fui a echarle tierra a los días por el olor y porque rondaban los gallinazos, que ya le habían pelado la cola y le habían abierto el buche. Los días siguieron tranquilos y era bueno orinar en el platanal, hasta que llegó la mujer. Me daba berraquera

verla llorar por eso, con su vaina de que si el gato se había perdido en el monte debía estar sufriendo, como si fuera un niño chiquito y no una fiera. ¿Así cómo no me iba a entrar mala conciencia?

Entre los sueños en que me ahogaba y veía el gato sentado en mi pecho, mirándome, y el sermón que echó el padrecito el domingo siguiente, hasta quise confesarme. La mujer y el niño me miraban gesticular al final de la misa y casi me rajo. Pero a ese párroco le gustaba sacar las cosas a luz y yo no estaba para esas gracias. Ahí fue que pensé que mejor iba a hablar con Hernán. Ese había estado en el seminario y hubiera sido cura si no se le hubiera atravesado la mamá de sus cuatro hijos. Despaché a la mujer y al niño para la casa, compré una garrafa de aguardiente y me fui para su finca. No había terminado de decirle, hermano, siento culpa porque es que... cuando me dijo, ¿culpa? Ese es un cuento de los santos padres, una entelequia teológica, hermano. ¿Has oído hablar de San Agustín? Ese veía pecado y culpa hasta en bañarse. El hombre cuando es hombre hace lo que tiene que hacer y no consiente culpa. ¿Qué podrías hacer vos, un pobre güevón, que fuera tan grave para cargar con eso? Yo no entendí todo lo que dijo, pero me sonó eso último y vi que tenía razón. Si no se moría de culpa mi mamá que ahogaba los gaticos recién nacidos en el río, ¿qué culpa iba a sentir yo? Ese día llegué a la casa borracho y con el corazón contento y poco a poco la mujer se olvidó del Blanquito y metió en la casa a Niebla, su nueva favorita.

Pero la tranquilidad duró poco. El pelao había llegado raro de la ciudad, como aburrido, y ese día volví temprano y me extrañó verlo durmiendo en mi cama. Cuando me acerqué me di cuenta que había meado todo y me cegó una ira mala. Afortunadamente, la mujer me lo quitó de las manos, porque lo tenía alzado de una pierna e iba para el piso. Yo me fui a orinar al platanal y pensé que eso no tenía gracia, al muchacho no lo quería de abono para banano. También pensé que era poco lo que yo les daba, pues a duras penas me las arreglaba para que no pasáramos hambre. La mujer no demoraría en conseguir quién la mantuviera mejor. Todavía estaba joven y buena. Hasta el sinvergüenza del patrón me la pretendía. No le iba a faltar quién le diera comida, la llenara de hijos y la dejara acumular gatos que la hicieran feliz o al menos le permitieran soportar. Cuando entré a la casa ambos estaban llorando. Yo cargué al niño, lo besé y le dije que me perdonara. Luego lo dejé en el suelo y vi que la mujer me miraba con resentimiento. Así que cogí mis cosas y me fui del pueblo sin decir nada más. ■



# MITO AIMARA Y ARÚ

Sergio Andrés Amaya Ruiz

Nació en El Socorro, Departamento de Santander, en 1987. Estudió Filosofía en la Universidad de Antioquia. Ha sido docente de filosofía en varias instituciones y promotor de lectura en la Biblioteca Pública Gabriel Turbay de Bucaramanga. Asistente a la red de talleristas RELATA. Actualmente se desempeña como docente en el mismo departamento.



\*

Cuentan los antiguos Wai que el primer hombre y la primera mujer se encontraron en el Amazonas. Y que la mujer decepcionada al ver al hombre lloró tanto que sus lágrimas formaron el río negro o río de la tristeza. Wazima, para alegrar a la mujer se pintó de azul con los frutos del uami, pero eran tan pocos que solo pudo pintarse la cara. Las aves buscaron el rostro de Wazima y se metieron en el cielo de sus ojos, y habitaron los pensamientos del hombre que por primera pudieron volar. La mujer sonrió levemente, pero aún estaba triste.

Al siguiente día, Wazima se restregó con barro, e imaginó que era un árbol; primero llegaron ardillas que treparon por sus piernas y se perseguían por su torso y espalda. Luego, una multitud de aves se posó en sus hombros y cabeza, pero como no había suficiente espacio Wazima extendió sus brazos y las aves llegaron a ser tantas que tenía que apretar los dientes para soportar aquel peso. La mujer miraba desde la distancia, curiosa. Caminó hacia donde estaba Wazima y comenzó a nombrar a cada una de las aves, dijo guacamaya, chiribiquete, tucán, shansho, jacana... Así pasó Wazima todo el día hasta que la mujer terminó de nombrar a todas las aves del cielo. Por fin Wazima había escuchado la voz de Aimara; pero él no había sido nombrado.

Al siguiente día, Wazima untó su cuerpo con un polvo muy fino, y así como estaba empezó a dar vueltas y giros alrededor de Aimara, imitando el espíritu del viento. Aimara chocó las palmas de las manos una y otra vez. Taz-taz-taz taz-taz. Mientras tanto Wazima saltaba y reía, giraba y danzaba con cada golpe. La mujer ese día no sintió pena por el hombre.

Al siguiente día, Wazima buscó los frutos más exóticos y dulces de la selva. Tuvo que atravesar a nado el río Amazonas, adentrarse en la serranía, correr durante la noche para llegar al amanecer. Trajo: chulu, que nosotros conocemos como piña, guaraná, acajaiba, que nosotros conocemos como almendra, tapiriba, que significa fruta del tapir; hovos, mamones, ciruelas; tintin en quechua, que para nosotros es granadilla, a la que los españoles llamaron así porque

solo crecía en el Reino de la Nueva Granada; maracuyá, feijoa, níspero y merey. Aimara guardó algunas frutas para ella, pero la mayoría se las entregó a las aves. Fue larga la congoja de Wazima pero no se atrevió a hacerle ningún reproche.

Cansado de no tener un nombre y de que Aimara estuviera más pendiente de las aves que de él, decidió pintarse de verde. Esta vez ningún animal se posó es sus hombros ni correteó por su espalda. Verde era el color de las copas de los árboles, verde era el color del río, verde era la serranía. Antes de que no pudiera verlo, Aimara se acercó a Wazima, después de todo, ese hombre era su otra selva.

Cuentan los antiguos Wai que todavía Aimara no le ha puesto un nombre a Wazima.

\*\*

Un día, mientras Wazima cazaba otro animal para Aimara y sus dos hijos, se encontró con Arú. Wazima alelado por su belleza y celoso porque Aimara había desplazado su amor hacia los hijos, y curioso frente a alguien nuevo en el mundo, corrió tras ella por entre la selva. Arú era en todo semejante a Aimara, solo que era un poco más joven. Sus senos eran más pequeños pero no por eso menos atractivos; sus piernas eran fuertes y elásticas, capaces de caminar varios kilómetros en una sola jornada; sus ojos eran brillantes y expresivos lo cual contrastaba con sus silencios. Pero Wazima sabía que Aimara era más sabia, lo supo cuando habló con Arú y ella respondía con monosílabos. Wazima estaba perplejo, pensaba que Arú también iba a llorar como Aimara la primera vez que lo vio, pero después de alcanzarla sus miradas se encontraron y ambos sonrieron instintivamente.

Wazima se llevaba las manos a la cabeza, luego al mentón, miraba hacia ninguna parte y luego miraba a Arú, se preguntaba qué haría Aimara en su lugar. Luego pensó que él era Wazima y Wazima tenía dos hijos y una mujer que se llama Aimara, pero ahora existía Arú. Finalmente se impuso el deseo, después de todo la infidelidad era nueva en el mundo y técnicamente no existía, Aimara y él no eran casados porque no conocían ese rito. Por eso mismo Wazima llevó consigo a Arú hasta donde estaba Aimara con sus dos hijos. Aimara los vio venir cogidos de las manos y sonriendo, caminando despacio

entre la arboleda, como entre nubes, acortando los pasos para hacer más largo el trayecto. Wazima trepó hasta un árbol y le regaló un mono tití. Ella lo estrechó en su pecho.

Aimara sintió celos de Arú y dijo en cuanto llegaron “maloka ni arima”, que significa: la casa de todos no es lugar para ella.

Entonces Wazima llevo a Arú hasta el otro lado del río Amazonas. Allí construyeron su casa. Los hijos de Wazima y Arú formaron ese pueblo, su principal deidad es el río Amazonas y el demonio tiene por nombre Aimara, que significa, según ellos, “el lugar donde reina el rechazo y el odio”.

El pueblo Aimara, en cambio, reconoce a la selva toda como su principal deidad. El demonio recibe el nombre de Arú, que significa, según ellos, “el placer que hace olvidar lo que de verdad se ama”.

Wazima murió cansado y entristecido, añorando el día en que sus hijos por fin pudieran verse unos a otros como hermanos. ■



# VERDADEROS NEGATIVOS

Weimar Toro R.

Maestro en Composición musical de la Universidad de Antioquia. Ha sido coordinador del Centro Musical Sinfónico de la Fundación Nacional Batuta en Buenaventura. Actualmente es profesor de música en la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango de Envigado en las cátedras de teoría musical y composición. Desde 2018 estudia Filología Hispánica en la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.



Mientras él observaba al perro de su hermano, yo los miraba a ambos. Hubo un momento en el que sus miradas se chocaron de frente, aparatosamente, y pudimos percibir en el aire el hedor y la acidez del rencor. Él le resistió la mirada, mientras el perro de su hermano cerraba los ojos con lentitud, fingiendo dormirse para evitar el contacto. Había una tensión exagerada en el ambiente. Era como si en cualquier instante fuera a estallar una bomba y todos los que estábamos allí en esa pequeña y oscura habitación nos fuéramos a desintegrar en un polvo más menudo que los átomos. Estábamos tan apiñados que sentíamos el aliento de unos y otros en el cuello hasta el punto de hacernos erectar los pelitos del cuerpo. Moverse significaba sobar a los demás.

Un haz de luz entró por el único agujero que había en el techo de zinc y se posó en la cara de él como una mariposa, iluminándole su estática y morena palidez. Él, que no podía mover ni su cabeza porque no había para dónde, se veía cómodo con el resplandor. El rayo de luz resaltaba el color verde de sus ojos, y si en este momento quisiera describirlos no podría, o mejor, no me atrevería. Es que eran demasiado bellos. Tanto así que parecían herir, de un modo extraño y sutil, la podredumbre y la hediondez en la que estábamos metidos. Por eso creo que el perro de su hermano no soportó mirarlo directamente a los ojos. No era tan tonto el perro ese: hubiera sido como si en un día radiante de aquellos que habíamos disfrutado antes de que nos metieran a este retrete putrefacto, hubiéramos decidido mirar de frente al sol en vez de mirar la preciosidad del valle... El caso es que él estuvo iluminado por ese rayo a la manera en que un actor de teatro es alumbrado por la luz de un reflector y si yo lo hubiera tenido frente a mí, tampoco hubiera sido capaz de mirarlo a los ojos ni tres segundos; seguramente le hubiera sonreído como la damisela que nunca me permití ser con él.

El calor comenzó a descender de las tejas de zinc. Un vapor anguloso e insoportable nos fue hirviendo los sesos poco a poco, y eso me hizo recordar lo que el profesor nos había enseñado hacía poco acerca de los campos de concentración. Me asusté, porque lo más seguro era que terminaríamos de igual manera, o peor aún, con unas botas de caucho nuevas. El colmo: que nos pusieran a estrenar las botas que siempre quisimos y nunca tuvimos, pero sin darnos cuenta, como la abuela cuando le adornamos con rosas la tumba donde están sus huesos, o el ripio de sus huesos, su polvo. Polvo en el que nosotros nos convertiríamos pronto, ya fuera por un

bombazo o por el estallido de ira que a cada segundo se hacía más palpable en el ojiverde iluminado por el reflector de luz natural: no le quitaba los ojos de encima al perro de su hermano, aunque el traidor ese estuviera haciéndose el dormido. ¿Quién podría dormir en una situación así? Nadie. El tormento del calor y la desesperanza enloquecen a cualquiera, sobre todo si la desesperanza y el calor brotan de la sangre. Por culpa del sarnoso ese nos habían descubierto. La tropa del ejército nos había capturado sin razón. Llevábamos dos días encerrados allí sin importar que no éramos parte de su guerra. No éramos nosotros a quienes ellos buscaban, pero ahí estábamos...

Cuando el calor bonaverense ya nos tenía al borde del desmayo, sucedió lo que ya sabíamos que ocurriría: él, que hasta ese momento se había conformado con mirar resentidamente la tranquila respiración del perro de su hermano, pegó un grito horrible, gutural, bramó con todo su cuerpo. Sus bellos ojos se inyectaron de sangre y las venas de sus sienes palpitaron. Se abalanzó sin reserva alguna contra el perro miserable ese. Nadie se inmutó, nadie lo detuvo; ni siquiera el perro de su hermano opuso resistencia. Sí, en la algarabía él logró manchar de sangre a su misma sangre: mató, con la aprobación de todos, al maldito perro de su hermano. Desde afuera el glorioso ejército nacional comenzó a dispararnos sin mente. ■





# CONFESIÓN DE UN CRIMEN

María Jimena Padilla Berrío

Guajira, lectora, callejera, preguntona. Amante de historias, del mar y la luna. Fan de Mafalda y el Principito, de las letras, de la palabra. A veces economista, a veces abogada.



“Ella es sobrina de don Tuto, ¿te acuerdas de don Tuto?”, me preguntó mi mamá mientras me presentaba una amiga que estaba de visita. “Sí, don Tuto, claro... me acuerdo del día en que falleció”, dije desprevenida, sin saber por qué hacía alusión justo al día de su muerte. A decir verdad, fue una muerte distante, solo recuerdo que era sábado, y que al despertar escuché a mi mamá comentar que había muerto don Tuto. Tal vez me marcó porque era lo más cerca que conocía la muerte en ese momento. Significaba, entonces, que ya nunca más lo vería sentado en la mecedora de la terraza de su casa por las tardes. Significaba, también, que no habría más tardes de complicidad.

Nadie sabía que éramos amigos, tal vez porque para entonces yo tenía 6 años y don Tuto 81 o tal vez porque nunca me pareció relevante contarle a nadie sobre nuestra amistad repentina, y más que eso, interesada. Mi amistad con don Tuto empezó mal y, por lo visto, terminó peor. A mis 6 años, me parecía inaudito que un anciano como él se sentara a comer dulces con una niña como yo. La amistad era repentina porque, una tarde cualquiera, apareció un anciano solitario sentado en la terraza de su casa en una mecedora, con el semblante de quien no se puede parar de ahí por sí mismo. Yo estaba muy pequeña, el mundo era muy nuevo para mí, pero hoy puedo entender que don Tuto estaba en esa faceta a la que llegaremos si logramos envejecer, en la cual se depende completamente de los demás, y esos demás disponen enteramente de nosotros, con la complicidad del declive de la vida.

Su casa quedaba antes de la esquina, y yo pasaba por ahí en las tardes, en mis idas clandestinas a la tienda a comprar dulces. Me tocaba así, a escondidas, porque mi mamá me tenía prohibido comer dulces y, además, porque el dinero para comprar los dulces lo robaba de su bolso. Llevaba el pecado a cuestras, por partida doble. Un día cualquiera, un día de esos en los que volvía de la tienda, caminando despacio y con sigilo para que nadie en mi casa me sorprendiera, tratando de demorarme para poder comer los dulces antes de ser descubierta, alcancé a escuchar una voz tenue que, aunque parecía lejana, se oía persistente.

Alcé la cabeza desprevenida y me topé con la mirada del anciano. Me detuve, dudé unos segundos, y entonces el anciano, que parecía hacer un gran esfuerzo para hablar, hacía un movimiento lento con el brazo, como indicándome que me acercara a él. Con desconfianza, por aquello de que mis papás me decían que no hablara con desconocidos, eché un vistazo rápido a mi alrededor, analicé al anciano y, casi que por instinto me acerqué un poco al constatar que no tenía muchas posibilidades de hacerme daño. Mientras me acercaba, con pasos muy cortos y casi que calculados, él continuaba su monólogo inaudible. Yo podía deducir que me estaba hablando a mí, pero no le entendía nada. Su voz trémula y cansada casi no lograba escucharse ni entenderse. Cuando estuve más cerca pude entender que me estaba preguntando el nombre. Con desconfianza, con algo de recelo, dije mi nombre muy rápido y en voz baja con la intención de que no me entendiera. Además, si le decía mi nombre sentía que me ganaba el derecho a preguntarle después el de él, aunque no fue necesario, pues antes de que me atreviera a hacerle la pregunta ya él me había dicho: soy Tuto.

“Don Tuto”, repetí, porque en mi mundo a los mayores se les decía señor y señora, pero él tenía cara de “don”. La amistad empezó mal porque, cuando quise entender por qué me había llamado, ahí estaba él señalando mis dulces, pidiéndome que le diera algunos. Ni siquiera tuve tiempo para pensar en una vía de escape, así que solo me quedó compartir de mala gana mis dulces con él. De todo me imaginé en la vida en ese momento menos que quería mis dulces. A los 6 años, lo último que alguien se imagina es que un anciano llame a un niño para quitarle sus dulces. Desde ese día mi plan ya no consistía en esconderme de mi mamá, sino también de don Tuto, ese anciano de la mecedora que me pedía dulces.

Dediqué horas pensando en la manera más efectiva para ignorarlo disimuladamente. Al principio se me ocurrió pasar rápido, corriendo, fingiendo estar concentrada en una carrera contra reloj, y por eso, solo por eso, pasaba desprevenida sin darme cuenta que él estaba ahí, y peor aún, sin percatarme si me llamaba en algún momento. Otras veces, sin muchas ganas de ir a las carreras, me acercaba con sigilo, vigilando desde lejos para constatar que don Tuto no estuviera sentado en la terraza. Y en esas, un día cualquiera fui sorprendida con mis malos cálculos.

Según yo, había mirado desde lejos y no lo había visto en la terraza, así que decidí pasar desprevenida, con la tranquilidad de no encontrarlo en su mecedora.

Al pasar en frente, con la mirada de los curiosos que voltean solo para constatar que todo está en orden, me encontré con la mirada de don Tuto de repente, y sin poder reaccionar, para sorpresa de ambos, me volvió a hacer seña con las manos para que me acercara. Paralizada por el asombro, me acerqué lentamente con el susto de que iba a perder mis dulces nuevamente, aunque invadida de una sensación inusual al pensar que no venía de regreso y, por ende, no me podía quitar los dulces, pues ni siquiera los había comprado. Me acerqué con curiosidad, pues sin el riesgo de perder mis dulces no sabía qué quería don Tuto. Me planté en frente, pensando en las excusas que le diría si me llegaba a preguntar por qué no había vuelto a responder sus llamados. Le diría, si me preguntaba, que seguramente no lo había visto porque había pasado corriendo, y que es posible que no lo hubiera escuchado porque él hablaba muy bajito, y que de pronto el ruido de la calle, de los carros... en fin, que por alguna extraña razón no lo había visto.

Mientras seguía maquinando mis posibles respuestas, don Tuto me extendió un billete y, casi con una sonrisa de triunfo, balbuceó algunas cosas de las que concluí que me estaba pidiendo que fuera a la tienda y le comprara dulces. Ese momento, quizás, fue una de mis primeras grandes lecciones de vida. No, a don Tuto no le interesaba escuchar mis mentiras, solo quería sus dulces, y yo le había dejado claro que no pensaba compartir los míos. Desconcertada, fui a la tienda y regresé con una bolsa llena de dulces, avergonzada de sentirme descubierta, al constatar que don Tuto sabía que todo ese tiempo había estado ignorándolo de manera deliberada.

Su cara de alegría contrastaba con mi cara de desconcierto. Don Tuto irradiaba una alegría inusitada y yo solo tenía ganas de desaparecer. Le extendí la bolsa, rogando que me la recibiera rápido para poder marcharme, y solo hasta que él empezó a sacar los dulces y extenderme algunos entendí que quería compañía, que necesitaba la complicidad de esa niña que iba por la vida con ganas de comer dulces. Desde ese día, y en adelante, empezó una amistad genuinamente interesada, ahora mis idas a la tienda consistían en cerciorarme que él estuviera sentado en la

terrazza, pasar despacio y saludarlo, mientras él hurgaba en el bolsillo de su pijama y sacaba monedas, o billete, lo que a bien tuviera ese día. Así duramos un tiempo, que no fue muy largo, hasta ese sábado en que mi mamá dijo desprevenidamente que había fallecido don Tuto, el vecino.

Su muerte, más allá de indicar que no habría otras tardes de dulces, significó la pérdida de una complicidad que años después entendí. Don Tuto murió ahí, y nadie nunca supo de nuestra amistad, hasta ahora. Pasaron los años y yo apenas la entendí ese día en que dije “sí, don Tuto, claro... me acuerdo del día en que falleció”. La amiga de mi mamá, como tratando de seguir el hilo de la conversación, por decir cualquier cosa relacionada con lo que yo acababa de decir, se dirigió a mi mamá diciendo “ah sí, el día que mi tío murió... imagínate Carmen que ese día me llamaron a decirme que había amanecido con el azúcar en 600 y pico, al poco rato murió”. La cosa quedó así, nadie supo por qué ese sábado amaneció con el azúcar en 600 y pico. Nadie nunca investigó el crimen, es más, nadie nunca lo notó. ■





# EL OTRO CITIZEN

Nelfer Velilla González

Nació en Maicao, La Guajira, en 1990. Es Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquía. Durante el 2019, vivió en Filipinas, país en el que enseñó la lengua española y la cultura colombiana a diplomáticos del continente asiático. Actualmente, reside en Medellín donde se dedica a la escritura. Fue finalista del iv y v Concurso Nacional de Cuento La Cueva. Participó como escritor invitado en Los Cuentos de La Cueva por Colombia, en cuya editorial ha publicado varios de sus cuentos. Además, ha escrito para El Magazín de *El Espectador* y algunas revistas literarias.



Daba la impresión de que se le fragmentaba el alma cada vez que profería un insulto. ¿Acaso en la calle importa eso?, me preguntaba cuando, frente a la Minorista, sentados sobre un plástico negro o cajas de huevo aplastadas, mi compañero lanzaba improperios a cualquiera que pasaba por la autopista Regional. Prestarle atención, para mí, solo era una manera de matar el tiempo, de calcular los días en el tamaño de su barba canosa, en la negrura de sus párpados, en la resequedad amarillenta de sus labios, en la fuerza que se iba desgastando en los insultos, como si el derruirse de su alma fuera una especie de reloj que daba razón de nuestra miseria compartida. Un reloj en cuenta regresiva, a fin de cuentas.

Me cuestionaba si acaso debía darle una buena trompada cuando volviera a dirigirse a mí de manera soez; sin embargo, al final, yo resolvía que él podía decirme como le viniera en gana. Igual compartíamos la fogata nocturna hecha con los deshechos útiles de la ciudad, esos que de manera paciente rebuscábamos en las canecas naranjas de los postes en Prado Centro, deseando contar con suerte y hallar cualquier perro caliente a medio comer, cualquier salechipapa vencida, cualquier fresquito sin terminar.

Alrededor de la fogata nos agrupábamos con jóvenes silenciosos y malolientes, mujeres fuertes pero de rasgos envejecidos y esqueléticos, ancianos de sombreros de papel y ponchos raídos. Entonces mi compañero decía que era el otro *citizen* y contaba las historias más inverosímiles, repartiéndoles a todos unos maricas enfáticos, unos hijueputas atroces, pendejos, putas, pirobos y gonorreas, mientras yo veía su alma moverse, resquebrajarse, abrirse camino hacia la inexistencia, como si mi compañero se calentara y el alma fuera una sustancia que se rigiera por leyes termodinámicas. O al menos a mí me daba esa impresión. Sin embargo nadie lo escuchaba. Algunos decían en voz baja que se la había fumado verde o que se había *huelido* un ladrillo. No era mentira que mi compañero estaba bajo el efecto de alguna sustancia ridículamente barata. De hecho, era probable que todos estuvieran en ese mismo estado. Lo cierto es que no les importaban las proposiciones necias, les importaba más enfocarse en maneras para apaciguar su hambre colectiva. La voz de mi compañero no era más que un conjunto lejano de palabras que perdían peso, que se pudrían cuando se acercaban al circuito de la lógica plañidera y desesperanzada de nuestros cohabitantes

en la intemperie: una lógica que chocaba con cualquier evocación pretérita de mi compañero, quien aseguraba haber descubierto los secretos del estado, la cura del sida, los alienígenas del área 51, el elixir de vida eterna, y que el gobierno de la USA lo había catalogado como *the wrong citizen* y simplemente no iban a aceptar sus hallazgos; por ello, habían organizado un complot para dejarlo en la calle y hacerlo pasar por lunático.

Un día, frente a la fogata, vi que se fue detrás de un árbol lejano, bajando una pequeña pendiente verde de las que se enorgullece la ciudad, e hizo sus necesidades. Medellín estaba despertándose. En medio del humo del amanecer, presté atención al encender de la Minorista a medida que el sol se empezaba a asomar detrás de la montaña y que aumentaba progresivamente el tráfico, con ese sonido estentóreo de pitos, de rezago y malas pulgas de los habitantes de bien de la ciudad. Cuando mi compañero regresó, le dije que si sabía todos esos secretos, si era un genio, por qué no se dio cuenta del complot y lo evitó para salirse con la suya. Claro que me di cuenta, dijo después de un improprio, y claro que me salí con la mía, gran güevón, porque yo al fin y al cabo quería esto, quería una excusa para ver el mundo desde adentro de un escupitajo. Con un dolor en el abdomen a causa de mis úlceras estomacales, vi cómo su alma seguía enfilándose hacia la quietud definitiva de la nada, y me quedé en silencio.

En cierta ocasión se fue a hacer uno de sus peregrinajes vespertinos, a pedir limosnas, una ayuda para este pobre hombre, a los buseros, taxistas y circunstantes del centro, a los cuales agraviaba cuando no le daban ni un peso, costumbre de la que quienes lo conocían ya se burlaban. Esa noche no regresó, y ya yo no volví a verlo. Uno de los muchachos raquíuticos me preguntó después que dónde se había metido “el otro citizen, el loco”, y se rio para sí mismo diciendo que el cucho estaba desquiciado. Después se largó en un soliloquio en voz baja y no esperó a que yo le contestara que no tenía ni idea de dónde se hallaba. Al principio pensé que era normal que lo llamaran de esa manera, el loco, pero luego me di cuenta de que esa palabra no me traía a la mente la imagen de mi compañero. De alguna manera su barba de dálmata senil, su piel atezada y reseca, su ropa acabada, sus uñas cetrinas, no encajaban en la categoría lanzada por el enjuto muchacho, como si este hubiera tratado de lastimarlo con una piedra que igual arrojó en otra dirección. Pero al darme cuenta de lo impreciso que él había sido, también me percaté de que yo ni siquiera sabía cómo se llamaba mi compañero.

Cuando nos mandaron a los policías para sacarnos de la zona verde aledaña a la Minorista, aproveché para internarme durante una noche por las calles de Prado Centro. Fui hasta la Plaza Botero y me regresé por los bajos del metro hasta la estación Universidad. Paré en todas las canecas anaranjadas y el balance fue positivo: un sánduche del Éxito como de dos días de vencido, media mandarina y una bolsita de avena apenas empezada. No obstante, yo no estaba únicamente buscando comida. Había decidido caminar para ver si, por casualidad, encontraba a mi compañero. Pensaba que podría sorprenderlo recostado en una de las vigas del Metro, frente a grandes grafitis de perros con cabezas gigantes, o de caricaturas de *gansters* medellinenses, o uno de eso metagrafitis donde una lata de aerosol suspendida en el aire hace otro grafiti de otra lata y así sucesivamente. Quizá, pensé, lo hallaré con otro grupo de personas más interesadas en sus absurdas historias, a tal punto de que sean capaces de tolerarle su mala lengua y su avidez para el insulto.

Poco después me olvidé de él. En algún momento pensé que extrañaba sus ocurrencias y que, de alguna extraña forma, su compañía me era útil para confirmar el tiempo que se nos escapaba frente a nuestras narices. Un tiempo que no se nos era dado a entender: un tiempo de otros, de aquellos que dominan la puntualidad, o de los que llevan prisa porque van tarde, o de a quienes no les importa esperar el siguiente tren hasta que calme la hora pico. A mí la presencia de mi compañero me entretenía más que el encender de la Minorista o de las fábricas de arepa, debajo de cuyos techos me dormía cuando nos evacuaron, nos dispersaron por la ciudad y yo me fui persiguiendo a los demás astrosos de la noche, porque no quería quedarme solo.

A medida que pasaban los días, más se me antojaba mi compañero como uno de esos animales feos que a fin de cuentas prestan compañía, y cuya ausencia, sin embargo, no se lamenta demasiado.

El día en que finalmente me lo mostraron, vi que su alma era menos consistente que los harapos que vestía, ya le quedaba muy poca. Dejé de perseguir a las mujeres huesudas, a los viejos con sombreros de papel y hasta a los jóvenes raquíticos. Entonces me interné y me quedé solo en las deletéreas noches de Medellín. Sin que pudiera insultarme otra vez, vi que las sobras del alma de mi compañero, tan pequeñitas, apenas se le asomaban por los inertes, húmedos ojos que sacaron del río por Industriales. Y una noche, hace solo unas noches, supe por fin su nombre cuando lo leí en el periódico que ahora me cobija. ■



# ALAS EN LA VEREDA

Cindy Johana Consuegra Acero

Ingeniera Ambiental y Sanitaria de la Universidad del Magdalena, especialista en Gestión Ambiental de la Universidad de Antioquia. Amante de las historias razón por la que hizo parte del grupo de teatro de la Universidad del Magdalena por más de 5 años. Combina el ejercicio de su profesión, que desarrolla actualmente como encargada del área de Gestión Ambiental en la concesionaria Ruta del Sol II SAS responsable de la vía que comunica a Barranquilla y Santa Marta, con espacios que le permiten conservar en medio de su cotidianidad técnica, la sensibilidad en nuestra relación humanidad-naturaleza y nuestros lazos como comunidad a través del servicio.



**M**i madre me solía contar que cuando estaba de brazos, si Sofi se acercaba a mí, yo lloraba como si se me hubiera aparecido la mismísima Patasola. Hoy después de tantos años imagino con pena esa niña de ojos verdes y pelo crespo botando lágrimas y moco sin entender la razón del por qué a Sofi le tocaba andar con las manos, arrastrando tronco y pies, si todos los demás podían caminar.

—¿Quieres que te muestre lo que aprendí a hacer hoy? —Me dijo con su voz estridente y con una enorme sonrisa, tan grande como sus manos corpulentas de dedos largos y desarrollados, ya que toda la vida le habían servido, además, como pies.

—Pa' ve, ¡muestra! —Le dije sin mucho entusiasmo. Acababa de llegar de la sede primaria del colegio y la caminata bajo ese sol brillante y esa humedad bochornosa me dejaba tan desmayada, que lo único en lo que pensaba cuando llegaba a casa era comer y acostarme a dormir.

—¡Mira! —Y saca una falda plisada, hecha de retazos, digna de una pasarela neoyorkina.

—¡Ajo, niña! Me vas a enseñar —En ese momento perdí el sueño y nos fuimos juntas a la base secreta. Habíamos sufrido un ataque en nuestro tanque de reserva que amenazaba con dejarnos a expensas de las tropas enemigas sin comida ni municiones. Yo dirigía ágilmente la nave derribando GrolTs con las pocas armas que nos quedaban, mientras Sofi reparaba con sus herramientas láser los daños que habíamos sufrido por nuestro gran descuido, pendientes de faldas en modas de otras galaxias.

—Bueno ¿y es que a ustedes no les da hambre? Tienen el almuerzo servido desde hace rato y se les va a llenar de queresas de moscas —El tono contundente y protector, del llamado de atención de mi madre, nos hizo levantarnos de su máquina de coser.

Mi madre odiaba ver a Sofi sucia todo el tiempo, tirada en el piso jugando con los muñecos plásticos que coleccionaba de los chitos en paqueticos, con los cuales hizo hasta una especie de monumento en la cabecera de su cama. Por eso un día mi mamá, quien todo el tiempo tuvo abierto su corazón para nosotros, le abrió también las puertas de nuestra casa a Sofi y decidió que ya no viajaríamos a visitarla más, si no que ella viviría en casa.

—¿Quieres que te muestre algo que me cambió? —Me dijo Sofi esta vez sin su característica voz que posiblemente era así de chillona porque su garganta estaba tan atrofiada como su espalda. Una sola carcajada de Sofi tenía tanta agudeza que lograba hasta destemplan los dientes de los perros que al escucharla salían corriendo; con su pregunta dibujó además por primera vez una línea entre las cejas.

—¿Es asqueroso? —Pregunté arrugando mi frente como un acordeón—. Si es asqueroso no quiero ver nada, estoy esperando una llamada de Nando y no quiero distracciones, sabes que acá no entran siempre las llamadas.

—Nooooo, no es asqueroso, es... raro... pero solo quiero que veas.

—¡Pa' ve! ¡Muestra!

Cuando Sofi se subió su camisa, me sorprendió ver ese par de protuberancias gigantes en su pecho, yo escasamente a mis 15 años veía un parchecito rosadito en los míos y me dolía cuando me lo tocaba; pero eso que Sofi tenía era muy diferente. En ese momento tuve la ilusión de que cuando tuviera 20 como ella, yo las tendría así.

—¡Que mires pa' abajo! —Me insistió. Me costaba enfocarme en su cintura retorcida y deforme a consecuencia de la poliomelitis que sufrió de niña. Esa enfermedad conforme con enrollarle la espalda le dejó las piernas secas. Hice un esfuerzo y conseguí mirar.

En el contorno de su cintura una fila de plumas finitas la bordeaban, no eran unas plumas cualesquiera; se veía tornasol y brillaban con el reflejo de la luz.

—¡Niñaaaaaa, te estás volviendo un guacamayo! —Fue todo lo que se me ocurrió decirle.

Cuando Sofi cayó en cama entendí lo mucho que la amaba, el solo temor en la posibilidad que ella no estuviera me taladraba desde la punta de la cabeza hasta los cayos de los pies. Su cuerpo se cubrió de ese plumaje extraño y lo único que aún no le cubría era su cara. Vivíamos tan apartados que el médico más cercano era un curandero de esos que se cuelgan las cabezas de ajo en el cuello y se amarran las pencas de sábila en la espalda, así que el diagnóstico recibido fue “plumeritis” que según el curandero era una variación de la dermatitis sin mayor complicación. Mi mamá, por su parte, se la pasaba espantando la gente curiosa que llegaba hasta en burro desde lo alto de la montaña; ella movía los brazos como cuando nos espantaba las moscas del almuerzo.

El rumor de una adolescente con cuerpo de pájaro se regó misteriosamente en esa vereda, donde lo único que se regaba era el olor del café hecho en la ollita de peltre que había en todas las casas; las cuales, siempre creí, eran las mismas que ponían en miniatura en los pesebres de navidad.

—¿Quieres que te muestre lo que me encontré hoy? —Me preguntó Sofi haciendo un esfuerzo por simular un susurro, mientras mantenía los ojos abiertos atentos hacia la puerta; estaba aún acostada en su cama donde ya llevaba dos años postrada porque la “plumeritis” le envolvió los brazos y ya casi no los podía mover.

—Nombre ya vas a veni’ tú con tus cosas. ¿Qué te pudiste encontrar si estás todo el tiempo acostada?

Ella con una agilidad que nunca le había visto, se impulsó en la cama y quedó boca abajo. Abrió de su espalda una fila de plumas como si fueran unos brazos adicionales a los que ya tenía pero llenas de tornasol. La luz que entraba por la ventana hacía un reflejo con las plumas que me encandilaba. Cuando pude por fin abrir mis ojos y mirar bien, estaba Sofi encima de la cama, mirando hacia abajo, apoyada en sus brazos, desplegando unas enormes alas que salían de su espalda chueca.

—Quién sabe desde cuándo me están creciendo —me dijo Sofi, sin aparente sorpresa—. Pero no me duele nada y las puedo mover, ¡mira!

Un fresco con olor a pajarraco movió mis risos y en ese momento vi cómo empezó a levantarse Sofi de la cama con el movimiento de sus alas. Pasé de llorar cuando niña por verla arrastrarse a llorar de mujer por ver cómo podía volar.

—¿Me guardas el secreto? —me preguntó con cara de preocupación—. No quiero que a mi tía le siga agobiando el tener que estar escondiéndome de la gente, si se enteran de esto será peor.

—A mi mamá no le agobia espantar a la gente —le respondí—. De hecho, le ha servido para que la gente venga así sea solo por curiosear y le manden a hacer costuras y arreglos. Pero tranquila te prometo que te guardo el secreto.

—Sofi se va a levantar, yo lo siento —me dijo mi mamá esa misma noche, antes de darme su bendición y bajara el toldillo para que no me comiera viva el zancudo—. ¿Cómo está Nando? Hace mucho no lo veo.

Yo temía hablar de más y ya había hecho una promesa, así que mirando para el piso como para que no se diera cuenta que ocultaba algo solo pude decir: - ma´ Nando bien, anda ocupado que quiere estudiar en la universidad, hasta mañana ma´ .

Esa noche recuerdo que los perros ladraron más que de costumbre, los gallos cantaron más temprano y, además, hubo una brisa que estremeció el techo de eternit y puso a volar los troncos de la leña. Cuando nos despertamos las puertas y ventanas estaban todas abiertas, Sofi no estaba en su cama, tampoco en la casa, corrimos tanto que hasta se espantaron las gallinas, pero nada no apareció, era como si la tierra se la hubiera tragado o como si se hubiera ido volando con sus alas tornasoles hacia el cielo. 🇺





# AL VIENTO

Carlos Enrique Arias Villegas

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Especialista en Educación Personalizada de la Universidad de Manizales. Psicólogo de la Universidad Católica del Norte. Máster en Neurotecnología y Bioinformación de la Open University of Advanced Sciences Inc. Ingeniero Industrial de la Universidad de Antioquia. Especialista en Métodos y Técnicas de Investigación de las Ciencias Sociales de la Fundación Universitaria Claretiana. La propuesta pedagógica “Aula Investigadora: la investigación como un proceso de lectoescritura y la lectoescritura como una herramienta fundamental de la investigación” le significó ser reconocido como Gran Maestro por la Fundación Compartir al Maestro 2019.



*A la memoria imborrable de los campesinos, obreros, indígenas, afros, sindicalistas, niños y maestros asesinados en Colombia.*

**T**al vez el viento te arrime estas palabras y quieras atenderlas: aquí late toda esa rabia derramada. Es una ira que no recula ante los gusanos ni el tiempo ni el olvido y se revuelca en este parche de sangre que dejaste, sin hallar alivio en tu silencio. No es una amenaza, solo queríamos que lo supieras.

La mortificación es grande porque no sabemos quién eres ni para quién trabajas; oramos a Dios para que no te mate antes de conocerte y poder conversar de esto; no te haremos daño, porque nada que hiciéramos compensaría lo que perdimos. Si te mostraras, desandaríamos el tiempo, y hasta es posible que inventemos un duelo o una mentira para seguir viviendo.

El espanto aún nos enferma y enflaquece, con todo y las terapias de olvido que contrató el gobierno y los mercaditos de la caridad local. Cualquier estrépito o llanto de gente que empuja el viento revive los cientos de formas en que tu rabia cayó sobre nosotros y desordenó la vida para siempre.

Te parecerá absurda esta idea: sin saber todavía quién eres no queremos olvidarte. No podemos. Eres lo único que ahora somos. Psiquiatras y expertos creen que desvariamos. Afirman que lo nuestro es una invención enfermiza: “una histeria colectiva” revelan en sus redes, apoyados en cantidades de informes “clínicos” contra nuestras palabras repetidas y arrancadas a este infierno tuyo. Gracias a ellos, además de trastornados, también somos peligrosos. Quieren que cerremos “el ciclo de dolor”; sí, “borrón y cuenta nueva” proponen, pero no, nunca consentiremos un duelo que nos haría cómplices de los hechos, tú mejor que nadie sabe eso, porque al igual que nosotros, seguramente tampoco puedes dormir. No se puede descansar con tanta ruina en el alma.

Valorada la evidencia, nada prueba que estuviste aquí. Los únicos testimonios son los gritos de los que capturabas, y que sospechamos, ibas descuartizando a pedazos, porque hay demasiada sangre en este playón y sus lamentos todavía nos persiguen. Casi toda la gente de este caserío desapareció esa noche. Tantos Pedros y Marías; tantos Luises y Martas; tantos Marcos y Bertas, tantos Ricardos y Arindas;

tantos Vicentes, Guillerimos, Jaimes, Carlos, Samir, Anuar y Eger. Así como tantas Rubielas, Irenez, Edenis, Alicias, Yoryanis, Marcelinas, y tantas almas inocentes aun sin bautizar que no volvieron después de esa noche para decirnos cómo eras. Solo un apodo tuyo persiste en el relato, ni siquiera es un nombre humano: “Machete”. Tres sílabas que hielan la sangre y desvanecen los rostros familiares. El cielo dejó de serlo en esta parte del monte, solo queda ese rojo hediondo parecido a tu felonía.

¿Sabías que las personas que desapareciste eran siempre cálidas y generosas? Diversos apellidos y una sola familia, por eso los extrañamos. A veces oramos a los cielos sin otra religión que la culpa por haber sobrevivido, pidiendo que revele por qué nos arrancaron de la tierra como si fuéramos maleza o parte de algún programa social que el gobierno determinó como “insostenible”; entendemos que la economía es más importante que lo demás, pero por lo menos nos hubieran avisado. Hasta a los animales se les avisa: se les pega un grito y ellos entienden y se van, pero ni siquiera eso. Aquí los gritos los dimos nosotros, y era el mismo en todas las voces: “¿por qué?!” “¿por qué?!” “¿por qué?!” pero tú sabes eso, porque hacia ti iban dirigidos.

Los miércoles venimos a este playón de ejecuciones y caminamos en silencio sobre la sangre que permanece a pesar del tiempo, la misma que habla de ti sin mencionarte. Quisiéramos creer que están aquí, especialmente los niños de la escuela, les conversamos largo sobre la gente del pueblo donde ahora estamos: *ellos pasan por el semáforo y aceleran a fondo sus carros costosos, huyéndonos, como si fuéramos una mala enfermedad. Unos pocos nos arrojan monedas, a veces nos compran las bolsas para la basura o los tarros de agua, no sé si por lástima o penitencia. Nosotros los bendecimos por habernos visto y para que vuelvan. No son malas personas, solo son de otro mundo. No te imaginamos hablando con tus víctimas ni antes ni después de ejecutarlas, ¿qué podrías decirles? Antes de abandonar tu playón de sacrificios dejamos varias botellas de agua, ellos deben tener mucha sed después de tantos gritos. Agua parecen pedir en el viento seco que talla las piedras y levanta polvo rojizo, recordatorio de esta agonía sin aviso.*

Vivimos en un solo sobresalto creyendo que alguno de los que camina detrás o al lado de nosotros eres tú, y cerramos los ojos mientras te acercas, esperando el golpe filoso que ha de aliviar esta tribulación, pero no, es solo otra persona que no nos ha visto, o algún vagabundo que va por ahí como nosotros, seco por dentro.

A veces sumamos todos esos miedos para reírnos unos de otros, y carcajearnos como tontos sobre el amago de la muerte por las tardes en los sitios oscuros o en los callejones abandonados.

¡¿Amaneciste?! , nos dice la gente de este pueblo en tono burlón cada nuevo día, pareciera otro día, pero es mentira, es la misma fecha inmóvil que se alarga sin término desde aquella noche, necesitamos una señal tuya para no repetir el mismo miércoles en el que damos vueltas, esperando de ti informes de estas muertes.

Por si el viento te acercó estas palabras, escucha: extrañamos a los nuestros, los necesitamos para recomponer la esperanza que se perdió esa noche ¡Si al menos nos dijeras a dónde los llevaste! ¡No importa si solo están los meros huesos o si ya son tierra, precisamos reencontrarlos! Sé que este pedido te parecerá extraño por la noche en que caminas. Nosotros somos otra cosa: adictos al afecto al contacto al rastro del otro así sea en el osario final donde duerme su memoria, para recordar la risa y el garbo de los nuestros o las diferencias y miedos que nos enfrentaron, y aunque solo sea por ese momento buscaremos resonar con la vida que éramos, ¿te asusta que la sevicia dejada en los restos perfila algo de tu persona y sea más fácil localizarte? ¿Te preocupa que volvamos a tener esperanza y a erigirnos como vengadores? Descuida, nada más lejos de la realidad. Déjame explicarte, es muy simple, solo danos una cosa: ya no importa si no sabemos quién eres ni para quién trabajas o por qué lo hiciste, solo devuélvenos los cadáveres o lo que quede de ellos, no te conviene dejarnos con esta muerte a medias, piénsalo, necesitamos encontrarlos para experimentar otro día de la semana, o para terminar de morir. ■



# EL ENEMIGO

Diana Marcela Toro Pardo

Filóloga hispanista de la Universidad de Antioquia. Ha publicado algunos de sus poemas en la Antología *El vacío como llenura* (2010) y ha participado en dos versiones del Festival de Poesía de Medellín. Ganó el premio a Filóloga Destacada otorgado por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia (2016), y fue premiada con el tercer puesto en el Concurso Municipal de Cuento de la ciudad de Itagüí (2019). Es directora editorial de la Corporación La Metáfora desde 2014 y en este momento adelanta su maestría en Literatura y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Berna, Suiza.



•

Por siglos los hombres nos han hecho creer que el enemigo siempre es público. Recuerdo ahora muy claramente esa tarde de febrero, yo acababa de llegar de la nueva escuela y mi padre nos sentó a mi hermanito y a mí en el sofá. —Parece que mamá no va a llegar esta noche.

Guille se levantó del sofá y siguió con sus juegos, yo, mientras tanto, mirando a través de los lentes de papá, podía traducir ese “sentarse en el sofá” como algo peligroso, algo oscuro que no sabes si quieres saber.

—¿Sigue en carretera? —me atreví a preguntar.

—Sí, parece que hay un retén y va a tomar tiempo.

Todo por culpa de mis calificaciones. Mi madre se había atrevido a hacer un viaje en bus de doce horas a la capital únicamente para ir a recoger mis calificaciones, que, por supuesto no querían entregarle porque debíamos más de seis meses de cuota estudiantil.

••

Mismo escenario al día siguiente, solo que esta vez mi padre está llorando y la casa se encuentra llena de gente. Algunos miran expectantes la televisión, mi madrina está en el teléfono con cara de tragedia. Yo solo puedo centrarme en papá y sus lágrimas, Guille y yo tenemos siempre la sana costumbre de querer llorar cuando vemos el llanto de otra persona. Guille todavía está chico y sus lágrimas se manifiestan con hipo y a veces, gritos. Mi llanto es más reservado, con sentimiento, pero sin aspavientos.

Mi padre se calma y se agacha para quedar a la altura de Guille. —Durante el camino de regreso el bus en el que venía mamá ha sido parado por la guerrilla, hay enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército nacional. Desde anoche no sabemos nada de mamá.

La información me hace meter los dedos de los pies hacia adentro y apretarlos muy fuerte. Por lo menos ya tengo una razón para sacar estas lágrimas. Guille no entiende y creo que yo tampoco. ¿Mamá bajó del bus? ¿Está en un refugio? ¿La secuestraron como al papá de Laura?

En los minutos siguientes me doy cuenta, nadie sabe nada. Mi madrina llama insistentemente al ejército para saber sobre los enfrentamientos, cada dos horas algún familiar la releva. El resto de nosotros escucha la radio y ve la televisión para ver si hay novedades.

No sabía mucho sobre este enemigo público. Solo sé que se convirtió en mi enemigo en el preciso momento en el que se atrevió a meterse con mamá. Sin pensarlo, acababa de fabricar a mi primer adversario. Por un momento intenté ponerme en el lugar de ellos, entenderlos, darles un lugar en el mundo.

•••

Se puede ver un bus quemado en el noticiero de las siete. Como tantas otras noches puedo escuchar de nuevo el estribillo “enfrentamientos en zona rural de Jamundí, San Luis, la Panamericana”. Es solo que esta vez las palabras una y mil veces reproducidas cobran un nuevo significado porque podrían contener información valiosa sobre el paradero de mamá. Si supiéramos realmente lo que implica estar dentro de una guerra, nunca la haríamos.

••

Pasan dos días más y mi padre está al borde de la desesperación. Hasta Guille ha podido notar que algo malo pasa y no para de preguntar por mamá. Ya no tenemos que ir a la escuela, pero no parecen vacaciones. Recuerdo que desde la noche de la desaparición de mamá sueño con alguien que me espía. A través de una ventana este rival puede ver todos mis movimientos, quiere atraparme. En el sueño tengo que buscar desesperadamente salir de su vista, no ser observada. Sé que es ahí en la mirada donde se esconde la salida. Si ese alguien no me ve no puede atraparme. Intento varios trucos: me lleno de barro para pasar desapercibida, camino alto y con pasos fuertes como mi padre para que me confunda con él, imito los raros sonidos de crío de Guille para que piense que yo también soy solo una niña, me visto con los vestidos de mamá para que no me encuentre. Ese alguien me conoce tan bien, casi parece que solo uno de los dos puede ocupar el mismo espacio en este mundo. No cabemos los dos al mismo tiempo.

•

Ha sonado el teléfono después de siete días de larga espera, era mamá que estaba en la terminal de transportes. Logró huir del enfrentamiento campo traviesa y luego, cuando regresó a la carretera más adelante paró un *jeep* con una familia que la trajo hasta la ciudad. Me parece raro que tantos años después mamá y papá no llamen a la guerrilla sus enemigos. Es posible que sea porque el enemigo no es público, sino privado. ■



# VERSIÓN DE MENUCHIM

Yubely Vahos

Historiadora y poeta. Autora del libro *La toma: el M-19 En la Embajada de República Dominicana, 1980* (La Carreta Editores, 2020). Poemas y ensayos suyos han aparecido en diversas antologías y publicaciones periódicas.



*Mendel se durmió. Y descansó del peso de la dicha  
y de la magnitud de los milagros.*

Joseph Roth

**T**odos recuerdan la historia de mi padre. Algún tío resignado, un vecino que fue a prisión o el amigo que lee dos libros cada semana les ha hablado de algún hombre en Judea, en Medellín, o en Zuchnow, que dijo Dios con minúscula e imaginó a la divinidad atizando su mala fortuna. En cambio, es menos probable que reconozcan el traqueteo de su paraguas por las calles quebradas, aquellas en las que el invierno es un limo helado que se cuela entre los calcetines; o sus lecciones de profesor que repite versículos como quien abre la puerta y se alisa la barba. Es menos factible que recuerden su nombre: Mendel Singer. De mí basta decir que soy Menuchim, su hijo.

Habité un lugar al que todos llamaban mi casa. Yo la recorrí tabla a tabla, guiado por mis manos. Con el tiempo aprendí a anticipar el lugar en que se abría una fisura, y a rehuir el clavo que nunca debió estar allí, pero nadie removió. Si enfilaba las rodillas y las palmas de mis manos de cara al viento que en ocasiones me enfriaba las mejillas, y otros días calentaba el suelo, encontraba un vacío amplio que hacía correr a papá para alejarme de allí. Ellos lo llamaban puerta.

Poco supe de lo que había más allá. Que mis padres regresaban con menos dinero en los bolsillos, zanahorias duras, papas heladas y malas noticias. Que mis hermanos volvían con los pantalones sucios, hambrientos y repetían con asombro una palabra mágica que hacía la guerra en los campos, reptaba entre las caderas de las muchachas y desvelaba a un anciano que hablaba una lengua que ellos desconocían, en un libro que nadie sabía leer: vodka. Que mi hermana regresaba cantando versos sobre hombres de mirada honda y manos cálidas, con el vestido mojado, un aroma a hierva adherido a su espalda, y un cansancio dulce en las piernas.

Una tarde mamá obligó a mis hermanos a llevarme con ellos a aquel sitio. Los tres avanzaron conmigo a trompicones, jadeantes. Me dejaron caer tres o cuatro veces. Para ellos era importante que todos los que los veían comprendieran cuánto pesaban mis quince quilos de hermano menor. Me depositaron en un piso más duro, áspero y sucio que el que había recorrido adentro. Desde allí observé

toda clase de zapatos, mientras sus propietarios tambaleaban al verme con las piernas un poco más curvadas que las suyas. Oí un rumor de agua lejana, como de lluvia o de río que se acercaban, pero mis hermanos solo pudieron tomarme por los talones y zambullir mi cabeza en algo espeso, con hedor a comida podrida que tragué, vomité y estornudé muchas veces antes de reconocer el tacto de mi casa y sentirme verdaderamente enfermo y cansado.

Mis ojos solían estar secos, pero mi cabeza permanecía húmeda. Desde el rostro de mamá caía una lluvia salada, pesada y lenta que inundaba mi cráneo. Una lluvia que acompañaba el sonido de cacerolas y cepillos, el hervor de las lentejas y el samovar, el olor de la ropa de niños calentada en el rescoldo de sol que se aventuraba en los callejones. Cuán difícil era sostener mi cabeza erguida bajo el peso de aquel diluvio de porqués y hasta cuándo. Papá solo hablaba para mí. Me contaba casos y cosas con la cadencia de quien le habla a Dios o gesticula delante del espejo. Me decía: “Háblame, Menuchim, háblame”. Pero yo sabía, como él, que debía permanecer callado, cumplir mi papel de ídolo y de espejo. No hallaba posible destruir su certeza de que otro día —no ese, no el siguiente—, me levantaría como un profeta de lo que ya ha ocurrido y repetiría con él, delante de los niños de su clase el libro del Éxodo.

Con todo, hubo cosas que ellos comprendían y a mí se me antojaban indescifrables. La belleza de mi hermana Miriam parecía consistir en girar hasta marearse en el agua dura del espejo, y permanecer despierta preguntándole a los chirridos de la cama si aquel muchacho la recordaría al marcharse. La unión de mis padres se hacía más profunda cuando ambos simulaban dormir y mantenían cuidadosamente sus cuerpos en orillas opuestas del colchón. Mi llanto, ese miedo a los roedores y el hambre que cavaba en mi vientre y se abría en un llamado desesperado: “Mamá, mamá, mamá”, los reunía en torno a mí para hablar de la fe y la paciencia, de Dios, de un rabino, para escuchar mi llamado como si un cosaco les ordenara permanecer inmóviles a través de mi boca.

En casa todos nos habituamos a repetir el mismo rol. Ellos esperaban, yo aguardaba que algo —no sabía entonces qué— ocurriera. Ocurrió. Ellos se marcharon y las llamas de las velas que tiritaban en el alféizar se enroscaron en las camas, derrumbaron las ollas, invadieron el rincón en que recontaba mis dedos. Pero esta vez nadie fue por mí hasta la puerta, me depositó en mi rincón y regresó a su sitio. Entonces salté el umbral y grité “¡Fuego...!”.

Ahora me exaspera que todos me hagan preguntas y hurguen en sus bolsillos mientras hablo; que repitan “Milagro, milagro, milagro”; el doctor que se rasca la cabeza y toma nota. Que admiren mi forma de poner un pie delante del otro para caminar, que la cuchara se sostenga en mi mano, que hable con sus mismas palabras. Temo que papá desempolva sus filacterias, lave su manto y salte hasta sudar en la sinagoga. Aguardaré que se despierte para decirle que tuvo razón: no les ocurren milagros a los hijos de los Mendel Singer. ■



# EL INCIDENTE

Juan Esteban Sierra Quiceno

Hijo último de una numerosa familia antioqueña venida a más. Estudió medicina y después pediatría. Se frustró en el dibujo artístico y ahora lo intenta con la literatura y los juegos de azar. Ha participado sin éxito en algunos concursos y hasta ahora no ha publicado nada.



Llevaba años esperando saber algo de ella sin tener ninguna noticia de verdad confiable: es decir, noticias, y muchas sí me llegaban, pero no pasaban de ser meros chismorreos. Regularmente la llamaba, claro, pero exceptuando la fecha de su cumpleaños en la que apenas si me concedía un comedido “gracias”, jamás me contestaba. Como no podía verla nunca hacía alianza con el Facebook, y juntos dedicábamos horas a escudriñar los retacitos felices de su vida que solo de cuando en cuando publicaba.

Lo anterior les habrá sonado un poco patético, y ciertamente lo es, cómo no; sin embargo, mi intención no es dar una imagen inflada de mí mismo, sino contar con sinceridad esta historia.

Ocurrió cuando llevábamos poco más de un lustro separados, ya había perdido toda esperanza de reconciliación y por fin empezaba a vislumbrar mi vida sin ella. Por aquellos tiempos hasta me sorprendí cuando en una de esas noches de insomnio no pude evocar a la perfección su sonrisa, e incluso llegué a dudar si la comisura sobresaliente de la misma era la izquierda o la derecha. De cualquier modo, fue uno de esos días en los que apenas me deslizaba hacia al olvido, cuando llamó.

Tartamudeo vergonzoso de mi lado de la línea; del suyo, palabreo fluidísimo, como si hubiésemos pasados juntos la noche anterior, como si no nos separasen unos cinco años y más de cuatrocientos kilómetros. “Ya que estoy en *tu* ciudad, ¿nos tomamos algo?”, propuso. Anteriormente me había dicho esas mismas palabras, o en todo caso, unas muy similares; yo sí le respondía, por supuesto, sus escasísimas llamadas. La cuestión era que ella tenía el vicio de —en ocasiones, cuando visitaba a sus padres— invitarme a un trago o a una cena, al cine o al teatro, para al final, en el último minuto —casi siempre conmigo en el lugar convenido—, dejarme plantado con cualquier excusa. De todas formas, acepté. Ah, qué felicidad sentí en ese instante. Era una alegría de esas grandes e ingenuas. Pero también estaba nervioso, claro, como lo pregonaron mis axilas. Años sin vernos y ahora así tan de repente. Qué podría decirle tras esta larga separación: que no podía olvidarla; que me había lisiado para emprender un nuevo amor; que sin su compañía

me sentía tan solo que día a día me consolaba contemplando las fotos en que salíamos los tres (ella, yo y nuestra absurda felicidad), y que conservaba como un tesoro.

Quedamos en vernos en una cervecería-bar instalada en una antigua casa colonial de la localidad. Llegué unos quince minutos antes de lo acordado y me ubiqué en una mesa en el centro de lo que originalmente debió de ser el patio interior de la casona. Solitario en aquella mesa tan rústica y tan elegante trataba de alejar la idea de un nuevo plantón siguiendo con la mirada a quienes iban al baño: veía cómo estos subían o no, dependiendo si estaban en el patio como yo o en lo que antaño fueran las habitaciones de arriba, y luego atravesaban la totalidad del corredor del segundo piso, que con su bonita barandilla de cedro circundaba el mencionado patio. En tanto, me iba bebiendo una jarra de su famosa cerveza artesanal cada vez más tibia.

Hacia el final de la segunda jarra, llegó ella. Venía con su pelo largo y rubio, con un vestido negro y escotado y muy ceñido a su cuerpecito delgado, y con unos tacones altos que histriónicamente resonaban pisada tras pisada. La observé aproximarse a mi mesa con el orgullo masculino henchido, pues era consciente de que todos los ojos la seguían: lascivos, los masculinos; y envidiosos, los femeninos. —¡De veras estaba linda! Se inclinó para saludar. Me golpeó con aquel perfume dulzón que todavía usaba. Y después me estampó un besito solapado, es decir, en la mejilla sí, aunque donde esta limita con los labios. Enseguida se sentó, llamó al mesero y pidió una botella de Chivas con dos vasos. A mí no me gustaba el *whisky*, pero no le reproché nada —¿¡Quién podría!?

Cobijados por el rockcito del local y el murmullo ininteligible de las conversaciones aledañas, me habló sin parar sobre un sinnúmero de temas intrascendentes, puras *blabladurías*, las hubiésemos designado en nuestros buenos tiempos; y entretanto ella iba sirviendo vaso tras vaso —dos dedos y sin hielo, por supuesto— de aquel licor ambarino que los dos bebíamos de inmediato luego de hacer un brindis. Embelesado, escuchaba su conversación asintiendo con la cabeza a intervalos más o menos regulares, pero en realidad solo prestaba atención al sinuoso movimiento de sus labiecitos gruesos. La botella menguaba con rapidez y yo que no recordaba que tomara tanto, para no quedarle mal, con mis húmedas manos le imitaba sin falta cada uno de sus brindis. En un momento dado noté que su rodilla izquierda se apretujaba, riquísimo, contra una de las mías. Debían

de haber estado así de junticas desde hacía un rato, pero el exceso de alcohol me tenía los nervios un poco entumecidos. Entonces supe lo que tenía que hacer: deslicé, pues, mis dedos sudorosos entre su rubia cabellera para sujetarla firmemente por la nuca, le acerqué el rostro y besé sus bonitos labios que no ofrecieron resistencia alguna al paso de mi lengua. Nos besamos de esta manera largo rato, y solo nos detuvimos cuando se acercó el mesero para pedirle una nueva botella.

Los *whiskies* se encadenaban y nosotros ahí completamente exaltados: nos decíamos palabritas dulces, nos reíamos, nos acariciábamos, nos besábamos con desvergüenza. Ella me hacía sentir grande, duro, continuo. Con ella junto a mí, lo podría todo, *todo*. Excepto retener por más tiempo ese líquido áureo que, contra mi vejiga, peleaba por salir. Debía parar los besos, subir las escaleras, circundar el corredor del segundo piso, hacer la fila para entrar al único baño... ¡bah!, aún podría aguantar un poco más.

Proseguimos, pues, con los tocamientos, demasiado impropios para aquel sitio cada vez más atestado, claro, pero no nos importaba. La felicidad de estar juntos de nuevo y, por qué no, para siempre, me tenía totalmente achispado. Sentirla cerca y disponible, ah... qué seguridad me daba para hablar y actuar, yo que era un sempiterno tímido. Entre beso y beso charlábamos sobre todo lo que habíamos hecho en los últimos cinco años, sabedores de que nada da más arrechera que las confianzas. En fin, en esas estábamos cuando me asaltó una punzada pélvica mucho mayor que las anteriores. Definitivamente no podría dilatar más la visita al baño.

Le di un beso adicional y me levanté. Tan pronto estuve de pie comprendí dos cosas: la primera, que no era la reconciliación lo que me tenía así de achispado sino el alcohol; y la segunda, que se estaba peor, pero mucho peor, por fuera de la silla, porque ya, en lugar del silloncito, me sustentaba la náusea. Y por eso fue que me abrí paso hacia las escaleras atropellando clientes, sillas, meseros. No obstante, finalizando la escalera, quizá en el último de sus peldaños, con la velocidad se me escapó una arcada cuyo líquido ácido todavía pude retener apretando con fuerza los dientes. Entonces cambié de estrategia: ahora avanzaba despacito, de a poquitos, como quien no quiere la cosa, sin aflojar la mandíbula ni el piso pélvico, y sin soltar tampoco la bonita barandilla de cedro que circundaba el corredor. Y sin embargo, así y todo, di un mal paso que me sacó una segunda arcada que, sumándose a la previa, sobrepasó la capacidad de mis

carrillos abombados. El vómito, diluviente, chocó contra el suelo para después escurrirse entre las barandas hacia el piso inferior con sus mesitas rústicas y elegantes y sus comensales nada rústicos y aún más elegantes.

Intentando ignorar las imprecaciones por y para mi expulsión, terminé el corredor y colándome en la fila entré en el maldito baño. Oriné y me enjuagué la boca, y luego, cabizbajo, deshice el largo camino de vuelta a nuestra mesa donde solo me esperaban una botella de Chivas y el par de vasos vacíos. Dejé allí todo el efectivo que cargaba conmigo y salí despavorido del bar sin girar la cabeza ni regresar nunca.

De más está aclarar que no reiniciamos nuestra relación. Su vida ya la tenía por allá, y la mía, mal que bien, acá; y aparte, estaba el anterior incidente, por supuesto. De hecho, ni siquiera nos hemos vuelto a citar, así sea para dejarme otra vez plantado. Todavía nos quedan, eso sí, las llamaditas anuales, cada treinta de agosto, en su cumpleaños. 🍷





**Acta del Comité Editorial 341**  
*Revista Universidad de Antioquia*

Después de recibir las evaluaciones de Hilda Mar Rodríguez, Carlos Arturo Fernández, Juan Carlos Orrego, Oscar Roldán-Alzate, Pablo Cuartas Restrepo, Jorge Mario Múnera y Selnich Vivas Hurtado, los miembros del Comité Editorial de la Revista Universidad de Antioquia se reunieron en sesión virtual el 28 de octubre del 2020, a las cuatro de la tarde, para deliberar sobre los ganadores del Primer Concurso de Cuento Revista Universidad de Antioquia, 85 años.

**El Comité editorial:**

1. Celebra el éxito de la convocatoria. El concurso sirvió para extender y acoger lazos de amistad y reconocimiento al trabajo creativo de los diversos egresados de la Universidad de Antioquia. Las cifras hablan de 260 postulaciones y 221 participaciones. 185 cuentos son de egresados de pregrado, 13 de especialización, 18 de Maestría, 2 de doctorado y 2 del Liceo Antioqueño. 136 cuentos fueron enviados por escritores y 85 por escritoras.
2. Agradece el trabajo riguroso y transparente del comité de preselección, integrado por los profesores Antonio Silvera Arenas, María Orfaley Ortiz Medina y Maribel Berrío Moneada. Su lectura sirvió para seleccionar de 221 propuestas, que cumplieron con los requisitos de participación, los 13 cuentos finalistas.
3. Felicita a las autoras y a los autores de los cuentos finalistas. Su calidad literaria y su aguda y perspicaz mirada de lo humano enriquecen el diagnóstico de la realidad contemporánea, habitada nuevamente por la muerte, la angustia y la violencia, pero también contagiada por el deseo de reconciliación y sanación.

**Asimismo, el Comité editorial:**

1. Recomienda la publicación en una separata digital de la edición 341 de la *Revista Universidad de Antioquia* de los trece cuentos finalistas postulados por el comité de preselección. A saber: "Mito Aimara y Arú", "Verdaderos negativos", "Confesión de un crimen", "El otro citizen", "Alas en la vereda", "Entelequias y platanales", "Caída", "Al viento", "El enemigo", "Versión de Menuchim", "El mareo", "El incidente" y "Julián".
2. Distingue con el premio al tercer puesto a "Entelequias y platanales", con el premio al segundo puesto a "Caída" y con el premio al primer puesto a "Julián".

En constancia, la presente acta se firma, de modo virtual, por el secretario del Comité Editorial 341 y Director de la *Revista Universidad de Antioquia*

Prof. Dr. Selnich Vivas Hurtado

Nota: El autor de "El mareo" solicitó la no publicación de su cuento.







## **Ganadores y finalistas**

Ana María Hernández Hernández

Dora Marleny Vásquez Montoya

Sebastián Castro T.

Sergio Andrés Amaya Ruiz

Weimar Toro R.

María Jimena Padilla Berrío

Nelfer Velilla González

Cindy Johana Consuegra Acero

Carlos Enrique Arias Villegas

Diana Marcela Toro Pardo

Yubely Vahos

Juan Esteban Sierra Quiceno

**Podcast, José Braulio Uribe**

**Emisora Cultural Universidad de Antioquia**